

CARLOS VELÁZQUEZ
HITLER EN EL SOCONUSCO

KARLA ZÁRATE
EL AGUA QUE SOY

JESÚS RAMÍREZ-BERMÚDEZ
FANTASMATA

NÚM. 364 SÁBADO 13.08.22

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

LA CIUDAD DE MÉXICO: SUS 501 AÑOS

ÁLVARO ENRIGUE

Rendición de Cuauhtémoc ante Cortés. Reproducción de 1773 del original Lienzo de Tlaxcala de 1584. La leyenda, "Yc polính q̃ mexicana", se ha traducido como "Así se acabaron los mexicas". Fuente: twitter.com



MEMORIA PERSONAL
DE LA ONDA
RAÚL CASAMADRID

MICROFICCIÓN
EN DOS VERTIENTES
ABRAHAM TRUXILLO

Un año después del quinto centenario de la toma de Tenochtitlan, Álvaro Enrigue revisa el periodo más confuso en la historia de la urbe: el medio siglo que siguió al 13 de agosto de 1521. En ese lapso la ciudad perduró como hábitat de indígenas, con sus templos y chinampas, aunque a su vez aparecieron conventos, damas, caballeros, el cabildo español. Si bien Hernán Cortés —con el apoyo decisivo de grupos indígenas— destruyó el apoyo al tlatoani, la unidad política básica tenochca siguió funcionando como receptora y administradora de tributos. Esta indagación muestra que no se ha dicho todo sobre la caída del imperio prehispánico.



LA CIUDAD DE MÉXICO: SUS 501 AÑOS

ÁLVARO ENRIGUE

@EnrigueAlvaro

Dice Bernal Díaz del Castillo sobre la tarde de ese 13 de agosto de 1521: “Después que se hubo preso Guatemuz, quedamos tan sordos todos los soldados como si antes estuviera un hombre encima de un campanario y tañesen muchas campanas y, en aquel instante que las tañían, cesasen de tañerlas”.¹ La toma de Tenochtitlan había sido tan larga, tan brutal y agotadora que su rendición repentina se registró entre los soldados españoles como una onda de silencio.

LA METÁFORA ES IRRESISTIBLE: algo enorme —un imperio, una manera de producir sustento, un andamiaje político que se expandió por un par de siglos, un sistema de ritos y creencias— estalló y dejó como registro la sordera posterior a una explosión.

La manera en que recibimos un relato lo modifica. El futuro desde el que leemos, el sitio y la lengua en que se cuenta y el medio que contiene el mensaje —un volumen rabiosamente canónico— dicen tanto como lo contado, le agregan significado y valor.

Lo que sucedió el 13 de agosto de 1521 no se parece a la construcción que hemos alzado en torno a esos hechos para generar lo que Dennis Tedlock identifica en su prólogo al *Popol Vuh* como *mitohistorias*² —y que Matthew Restall ha utilizado como una categoría crítica para leer no sólo los textos de los pobladores originales de América, sino también las

crónicas de los conquistadores.³ Los hechos de ese 13 de agosto son infinitamente más chicos que las interpretaciones que les han seguido desde entonces.

Un capitán español, García Holguín, miembro de uno de los ejércitos aliados que batallaban por derrotar el *altepetl* (unidad territorial habitada por una comunidad) de Tenochtitlan, atajó la huida de Cuauhtémoc, el *tlatoani* demasiado joven que dirigía la resistencia en la ciudad. Lo que hemos leído durante cinco siglos como una épica gigante que cambiaría la historia del mundo fue para sus actores, sobre todo, un reacomodo político y fiscal. Desde el punto de vista de los europeos, la ciudad imperial pasaba a la égida del rey Carlos I de España y por tanto se convertía en una fuente de extracción de riqueza, como lo habían sido las Islas Canarias y las del Caribe. Desde el punto de vista de los americanos, el *altepetl* de Tenochtitlan había sido sometido; ahora sus habitantes pagarían tributo.

LA EXTINCIÓN DEL RUIDO que cuenta Díaz del Castillo opera en nuestra imaginación —por lo sucedido después— como la metonimia de la onda de silencio que siguió a la explosión de todo un mundo. En términos míticos es como si la singularidad americana se hubiera terminado ahí para siempre, pero la verdad es que lo único que se derrumbó el 13 de agosto de 1521 fue el gobierno de Cuauhtémoc —no se acabó ni siquiera su

Foto > Daniel Mordzinsky

DIRECTORIO

El Cultural
[Suplemento de **La Razón**]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director

@sanquintin_plus

Julia Santibáñez

Editora

@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12



Fuente > noticonquista.unam.mx

Encuentro de Xicoténcatl y Cortés, Lienzo de Tlaxcala, detalle, siglo XVI.

línea dinástica: sus parientes siguieron siendo *tlatoques* del *altepetl* de Tenochtitlan por un siglo.⁴

Conocemos con detalle extraordinario todo lo que sucedió a los conquistadores desde el desembarco en Cozumel. La épica del viaje, el encuentro y la guerra contra los tenochcas ha sido contada por cada generación. Y vamos conociendo mejor y mejor, conforme se revisan y releen los documentos escritos en lenguas originales de América, cómo fue vista esa guerra por los descendientes ya latinizados de los tenochcas —que redactaron sus historias en los colegios de San José y de la Santa Cruz en Tenochtitlan y Tlatelolco.

Tras el silencio que describe Díaz del Castillo, sigue para esa historia épica que todos conocemos la limpieza de Tenochtitlan, comandada por aquel Cuauhtémoc avasallado. Sigue la disputa por el oro y el tormento del *tlatoani*. Sigue la violación y distribución de las princesas tenochcas y la catastrófica expedición a las Hibueras, en Honduras. Todo lo primero pasó inmediatamente después de la rendición de la ciudad, lo último ocurrió dos años y siete meses después; no sabemos nada de lo sucedido en medio, salvo por referencias vagas contadas años más tarde en las crónicas y el juicio de residencia de Cortés.

El 8 de marzo de 1524, es decir, 31 meses después de la rendición de Cuauhtémoc, se firma la primera acta de la reunión del Cabildo de la ciudad de México, celebrada en casa del gobernador Hernán Cortés —reubicada, aunque se ignora exactamente cuándo, en el que fue el palacio nuevo de Moctezuma. En el acta se registra la asignación de seis lotes para casas-habitación y uno para la huerta de la ermita de San Hipólito, al interior de la traza cuadrículada —la ciudad de México propiamente dicha— del que

sería el barrio español de la gran Tenochtitlan.⁵ Las actas anteriores, las del cabildo que se reunía en la casa de Cortés en Coyoacán, si las hubo, están perdidas.

Antes había Tenochtitlan, con sus templos, islas artificiales, torres, chinampas cuajadas de cultivos, tenochcas dignos y fieros. Y ahí aparece un día, como en un acto de magia, una ciudad con imprenta, fuerte, cabildo, conventos y colegios; capas españolas, zapatos con hebillas, damas con copete y perlas; junto a ellas, sosteniendo la escenografía, lo que el poeta Bernardo de Balbuena llama “el indio feo” —que en su *Grandeza Mexicana* extrae de la tierra el oro que “por tributo dél tus flotas llena”.⁶ La ciudad de México, que un siglo más tarde sería la primera moderna de la historia —multiétnica, multilingüe, globalizada y diseñada como una máquina de extracción y comercio para la acumulación de capital en manos de una minoría de descendientes de europeos que racializan al resto de sus pobladores—, surge en la historia como Palas-Atenea, vestida y con las armas puestas.

Hay que olvidar el ruido de la batalla por la conquista de la capital mexicana —la sordera del campanero— y poner atención a la otra historia, silenciosa, modesta, tal vez bochornosa, de la fundación de un barrio europeo en un *altepetl* americano, para entender el momento de gestación de la ciudad anfibia que sustituye a la antigua y terminó convirtiéndose en el modelo de todas las ciudades que se fundaron después de ella. Ciudades que, en buena medida, siguen gestionando la riqueza global hasta nuestro tiempo.

EN AQUEL ENSAYO SEMINAL, “Espacio Social”, Henri Lefebvre dedicó unos párrafos de su teoría sobre la producción de espacio a las urbanizaciones

españolas de la América Colonial. De acuerdo con las ordenanzas para el descubrimiento y la población del continente de 1514 —promulgadas para el alzamiento de la ciudad fallida del Darién—, las poblaciones hispanas de América tenían que responder a un trazo rectangular en el que “desde una inevitable plaza mayor”, un emparrillado de manzanas y calles todas de las mismas dimensiones “se pudiera extender infinitamente en cualquier dirección”.⁷ Esto resultaba, según Lefebvre, en “una organización estrictamente jerarquizada del espacio”, que disponía qué iba dónde en el centro de la ciudad y se extendía hasta “alcanzar los pueblos que la rodeaban”.⁸ Ese orden implicaba necesariamente un sistema de racionalización del espacio que imponía quién producía y quién disfrutaba de la plusvalía de ese trabajo. La ciudad, así, se convertía por primera vez en “un instrumento de producción”.⁹

Si lo que pensaba Lefebvre se sostiene, la retícula cuadrangular de la traza de la ciudad de México es el punto de quiebre entre las ciudades antiguas —que funcionaban por acumulación y no estaban diseñadas para generar plusvalía—, y las modernas, que responden a un diseño sólo productivo y anterior a la ocupación del espacio que las delimita.

Los mexicanos, alucinados de clasicismo por culpa de las ideas de Alfonso Reyes y la prosa de Martín Luis Guzmán, quisiéramos, por supuesto, que ese emparrillado capitalino que según Lefebvre cambió al mundo, fuera un último registro del diseño renacentista en América. Que viniera de las ideas sobre urbanismo de Leon Battista Alberti o de las traducciones —también renacentistas— de los textos clásicos de arquitectura de Marco Vitruvio Polión y de las meditaciones de Flavio Renato Vegecio sobre la funcionalidad de la cuadrícula en el *castrum* (campamento militar) romano. Muchos urbanistas del siglo XX vieron el origen de la cuadrícula mexicana en el trazo precolombino de ciudades como Cuzco y Tenochtitlan: el amor por los grandes espacios abiertos y las líneas rectas de las urbes prehispánicas pudo influir en el momento en que primero Hernán Cortés y luego su primo, Francisco Pizarro, encargaron una traza geométrica para las capitales que fundaron. Hay además teorías sobre el surgimiento espontáneo del emparrillado como una reacción racionalista frente a la angustia que producía el paisaje hispanoamericano —la ciudad en damero o cuadrícula, supongo, como consuelo y aspirina para la nostalgia del orden europeo, como si lo hubiera habido en la época de la conquista.¹⁰

La verdad es que incluso discutir el asunto es innecesario después del minucioso estudio con que Lucía Mier y Terán antecedió su estudio sobre *La primera traza de la ciudad de México* —de 2005—, en el que demuestra incontestablemente que la idea de la cuadrícula urbana es española. Viene de los tratados sobre el emplazamiento de ciudades del valenciano fray Francisco Eiximenis en el siglo XIV.¹¹

“MUCHOS URBANISTAS DEL SIGLO XX VIERON EL ORIGEN DE LA CUADRÍCULA MEXICANA EN EL TRAZO PRECOLOMBINO DE CIUDADES COMO CUZCO Y TENOCHTITLAN: EL AMOR POR LOS GRANDES ESPACIOS ABIERTOS Y LAS LÍNEAS RECTAS DE LAS URBES PREHISPÁNICAS”.

“NO SE PUEDE NI DEBE OLVIDAR QUE NOVENTA POR CIENTO DE LA POBLACIÓN DE AMÉRICA MURIÓ EN LOS PRIMEROS CIEN AÑOS DE OCUPACIÓN EUROPEA DEL CONTINENTE, UN CRIMEN SIN PRECEDENTES”.

El diseño urbano en damero fue puesto en práctica primero en las ciudades campamento que atendían las necesidades de los peregrinos del Camino de Santiago¹² y fue repetido en las urbanizaciones fundadas en territorios recién recuperados en la etapa final de la reconquista. Puerto Real en Cádiz y Santa Fe de Granada tienen retícula cuadrada y fueron fundadas antes de la expansión americana de España.¹³ Santo Domingo, la capital de República Dominicana, también tiene retícula y se comenzó a construir en 1502 —cuando los españoles ni siquiera sabían que existía Tenochtitlan.¹⁴

Dicho lo anterior, sí hay una coincidencia casi de prodigio entre las ideas del urbanismo tardomedieval español y el plan urbano de Tenochtitlan. En el texto de fray Francisco Eiximenis, que Lucía Mier y Terán cita extensamente, el fraile valenciano dice que toda ciudad, para ser bella, debe ser cuadrada y estar partida por dos avenidas, una que vaya del oriente a occidente y otra “del mediodía al tramonte” —sur a norte. Dice que en la plaza central, cuadrada, debe estar el templo principal y detrás de él, la casa de gobierno. Los cuatro espacios que generarían, según este diseño, los ejes sur/norte y este/oeste, deberían integrar cuatro barrios, cada uno con sus parroquias y edificios de servicios.¹⁵ Cuando los españoles llegaron a la cuenca del lago de Texcoco se encontraron una ciudad flotante, dividida en parcelas rectangulares —lo que las comunicaba no eran calles, sino canales—, en la que el núcleo urbano principal estaba dividido en cuatro parcialidades —*campañas*, les decían los mexicas en nahua—: Atzacualco, Cuetopan, Tecpan y Moyotlan. Las cuatro parcialidades tenían, como recomendaba Eiximeins, sus propios templos, plazas centrales y edificios de gobierno.

Bernal Díaz del Castillo recuerda, sin darle importancia, la secuencia de hechos que condujo a la traza de la retícula de la ciudad de México. Inmediatamente después de su rendición, Cuauhtémoc le pide a Cortés licencia para evacuar la ciudad. Cortés acepta si Cuauhtémoc se compromete a que su gente arregle el acueducto, sepulte a los muertos, levante los puentes “... y que los palacios y casas las hicieran nuevamente”. Después de eso le señaló “qué parte (han) de poblar (los tenochcas) y la parte que habrían de dejar desembarazada para que poblásemos nosotros”.¹⁶

Cortés ordenó que la ciudad de México quedara emplazada en un cuadro sobre el islote central de Tenochtitlan, en el otoño de 1521—en noviembre, según José Luis Martínez¹⁷ o en septiembre, según Mier y Terán.¹⁸ Estableció que la ciudad fuera anfibia,

con un barrio central para europeos y otros periféricos para americanos, y encargó la traza a Alonso García Bravo, que fue marcando los lotes de a uno para los vecinos recién llegados y dos para los conquistadores.

LA NUEVA CIUDAD ERA CHICA, mucho más chica que la gran Tenochtitlan que la engolfaba. Los cuatro barrios indígenas quedaron también en el islote; detrás de ellos, las islas artificiales urbanizadas que se extendían por el lago y la ciudad de Tlatelolco, con la que la capital seguía conectada hacia el norte. Los españoles no pasaban de tres mil en la traza, mientras la población indígena era de cuando menos 75 mil personas.¹⁹ El emparillado estaría delimitado hoy por la calle de Belisario Domínguez por el norte, al oeste por el Eje Central, al este por las calles de Topacio y al sur por José María Izazaga. Viendo el mapa de Uppsala —que incluye la ciudad y alrededores en 1550—,²⁰ la cuadrícula es central y distintiva, pero urbana es sólo una parte de la zona arbana.

No se conocen las razones por las que Cortés decidió emplazar la capital de Nueva España en Tenochtitlan, más allá de la explicación sumaria que ofreció al emperador en su tercera carta de relación: era hermosa y muchos de los edificios que quedaron en pie, magníficos. Los documentos que produjo en ese periodo muestran, sin embargo, una ansiedad muy curiosa en un hombre al que muchos millones de personas, no sólo en México, consideran un genocida. Tanto las Ordenanzas del 20 de marzo de 1524²¹ como la carta al emperador del 15 de octubre del mismo año son documentos obsesionados con evitar que en el continente sucedieran las barbaridades que condujeron a la despoblación de las islas.



El mapa más antiguo de México Tenochtitlan, en *Segunda carta de relación* de Hernán Cortés, detalle, 1524.

En ambos documentos, el capitán general devenido gobernador insiste en que si alguien se muda a la ciudad de México debe hacerlo para asentarse definitivamente —los solteros deben casarse en año y medio o devolver su solar, los casados deben traer a su mujer en el mismo plazo—,²² y en que la explotación de los pobladores originales está regulada y es humana. Cortés no era una buena persona y no me parece que haya tenido una preocupación real por la vida y cultura de los habitantes originales del México antiguo, dijera lo que dijera en sus cartas al emperador, siempre defensivas y resbalosas. No se puede ni debe olvidar que el noventa por ciento de la población originaria de América murió en los primeros cien años de ocupación europea del continente, un crimen sin precedentes ni repeticiones en la historia. Entendía, sin embargo, que la sostenibilidad de su empresa demandaba la colaboración de los pobladores originales. “En estas partes”, le dice al emperador en un momento de candidez, “los españoles no tienen otros géneros de provechos, ni maneras de vivir ni sustentarse en ellos sino por el ayuda que de los naturales reciben”.²³

Cortés se había aprovechado desde su desembarco de la ayuda de los pobladores originales del continente —sobrevivió al camino a Tenochtitlan gracias a sus negociaciones con los *tlatiques* de los *altepemes* por los que iba pasando—; una vez que se hizo con el *altepetl* principal de la región —Tenochtitlan—, estableció una colaboración con su nobleza —después de apresar, explotar, torturar y asesinar a Cuauhtémoc. Según cuenta José Luis Martínez,²⁴ apenas desahucados los canales y mandada a hacer la traza de la ciudad, le dio cargos, tierras y tributarios a los antiguos señores tenochcas.

TAL VEZ PORQUE se percibía a sí mismo mayormente como un traductor, James Lockhart notó en su *The Nahuas After the Conquest* que la palabra *altepetl* o *altepemes* (en plural) —Tenochtitlan, Texcoco, Tlaxcala o Coyoacán fueron eso— singularizaba a una entidad política cuyos pobladores, en el México prehispánico, obtenían de ella su identidad, sin que el término pueda ser traducido precisamente a expresiones como *ciudad-estado* o *república*. Según Lockhart, un *altepetl* era una unidad territorial conformada por partes constitutivas (barrios si era una ciudad, villas si era un conjunto de poblaciones); estas partes constitutivas, que se definían como *calpollis*, estaban identificadas por nombres permanentes, una deidad particular y el gobierno de una dinastía de *tlatiques*. Había *altepemes* minúsculos, como el de Churubusco; medianos, como el de Xochimilco, o enormes y complejos, como Tenochtitlan y Tlaxcala. Un *altepetl* estaba asociado a una ciudad, a veces a una villa, pero era sobre todo la identidad de una comunidad productiva. Los nahuas, como los griegos, no se identificaban como miembros de una cultura unificada por la lengua común. Los *altepemes* competían entre

sí y, cuando uno ganaba, imponía un tributo al perdedor. El imperio de Moctezuma era, en estos términos, más que un mantel político, un sistema para la producción de riqueza mediante la extracción de tributos.

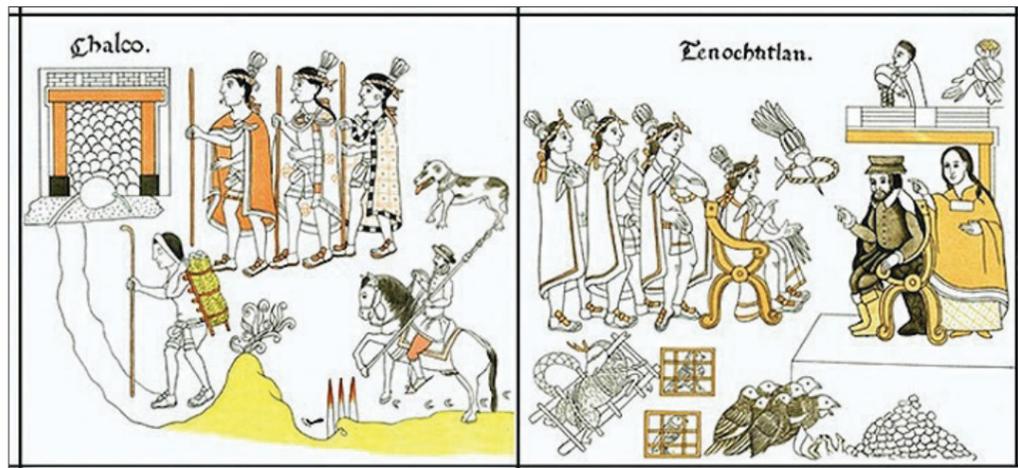
Al destruir los conquistadores el equilibrio político de la Triple Alianza, destruyeron también la estructura imperial que permitía el cobro de tributos que sostenían al *huei tlatoani* de los tenochcas —el más *tlatoani* de todos los *tlatoques*—, pero las unidades políticas básicas —los *altepemes*— seguían funcionando como receptoras o generadoras de tributos en conflictos locales.²⁵

Cortés, seguramente asesorado por los nobles mexicas que habían administrado el imperio fiscal de Moctezuma, a los que dio tierras y privilegios si regresaban a la capital y colaboraban con él, repartió entre conquistadores y la nobleza local encomiendas que ocupaban el espacio y juntaban a los súbditos de los *altepeme* que habían convertido a Tenochtitlan en una máquina de extraer riqueza.

El hallazgo más inquietante de Lockhart señala que cuando las Leyes Nuevas prohibieron las encomiendas en 1542, los *altepemes* se convirtieron en parroquias, conservando su territorio y personalidad. Siguieron pagando tributo, como también siguieron pagándolo cuando las parroquias fueron transformadas en municipios. Charles Gibson relata en su ya clásico libro *The Aztecs Under the Spanish Rule*, que en el siglo XIX temprano las autoridades indígenas de los barrios de la ciudad de México todavía recolectaban tributos de los *altepemes* de Xalpa, Chalmita, San Lucas Tlepetlalco y Popotla.²⁶

Y es que Tenochtitlan en realidad nunca cayó ni se fue a ningún lado. Su nombre fue absorbido por el del barrio con traza cuadrada que fundó Hernán Cortés en el sitio donde estaba la cabeza de la Triple Alianza, pero esa fundación dejó imperturbados, por lo menos por 350 años, los *calpollis* de los tenochcas. En su artículo “Barrios versus traza”,²⁷ sobre las reacciones de la población de la ciudad de México durante la guerra de intervención contra los Estados Unidos, Luis Fernando Granados demostró que, tan tarde como 1847, las identidades de los barrios tenochcas seguían perfectamente vigentes y separadas tanto de la personalidad como de la administración de la traza española.

Barbara E. Mundy ha explicado este fenómeno en su extraordinario *La muerte de Tenochtitlan, la vida de México*. Fue la colaboración entre el poder virreinal —asentado en la traza de la ciudad de México— y la nobleza descendiente de Moctezuma —que gobernaba la vida comercial de Tenochtitlan, administrando tributos desde los barrios—, lo que permitió que la capital virreinal mantuviera el dominio, primero del centro de México y luego, de toda Nueva España. Si la empresa cortesiana y después imperial tuvo éxito se debió a que la estructura tributaria de Tenochtitlan se mantuvo en funcionamiento mediante el control de los *altepemes*.



Reproducción de 1773 del original Lienzo de Tlaxcala, detalle, 1584.

Fue la flexibilidad laberíntica de los barrios —en los que para asentarse no había que seguir ningún tipo de ordenanza, siempre y cuando se pagara el tributo a la nobleza indígena—, que aceptaban primero migrantes de otras regiones de Nueva España, pero pronto también a los esclavos africanos que se casaban con mujeres indígenas para que sus hijos fueran libertos y los chinos, filipinos e indios llegados de Asia como servidumbre en las naos, lo que permitió que la ciudad se globalizara y convirtiera en el emporio comercial y cultural que ya era para el siglo XVII.

EL CUADRO NO ES HALAGADOR: el costo que Tenochtitlan pagó por su supervivencia secreta en las calles de México es la racialización de los pobladores que no descienden de europeos —todos los “indios feos” del poema infame (no sólo por sus ripios) de Balbuena.

La ciudad de México es la cuna del urbanismo moderno y el primer asiento del comercio global, pero también es el nido del racismo sistémico, sin el cual las economías basadas en la extracción no pueden funcionar.

La meditación de Lefebvre sobre la invención del espacio productivo en las ciudades españolas de Hispanoamérica suele ser citado por los historiadores decoloniales de habla inglesa, que a menudo se saltan una segunda parte, en la que el filósofo francés compara los emparillados del siglo XVI hispánico con el de Nueva York, trazado y construido en el siglo XX. Después de plantear el problema, Lefebvre duda sobre la validez general de la teoría sobre generación de espacio productivo que acaba de proponer. Nota que no hay nada más opuesto al sistema extractivo imperial español —que desplazaba bienes y capitales de las periferias a la metrópoli—, que la manera estadounidense

de producir riqueza: los gringos producen, acumulan y gastan capital con el fin de generar riqueza en su territorio. Al final concluye que una forma abstracta puede generar estructuras diversas, sin que ello indique que “la forma es indiferente a la función”. En ambos casos, nota, lo que se buscaba era homogenizar un espacio destruyendo otro preexistente y en ambos casos “el objetivo de la destrucción se cumplió”.²⁸

Las ciudades modernas se ejecutan de cierto modo para convertirse en máquinas de generación de riqueza. Esa manera de hacer ciertamente fue practicada por primera vez, con éxito y a gran escala, en la ciudad de México. ▣

NOTAS

- ¹ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España II*, Porrúa, México, 1977, p. 63.
- ² *Popol Vuh*, Dennis Tedlock (traducción), Touchstones, Nueva York, 1985, pp. 21-60.
- ³ Matthew Restall, *When Moctezuma Met Cortés*, Ecco, Nueva York, 2018.
- ⁴ Barbara E. Mundy, *La muerte de Tenochtitlan, la vida de México*, Grano de Sal, México, 2018, pp. 165-169.
- ⁵ Lucía Mier y Terán Rocha, *La primera traza de la ciudad de México*, FCE, México, 2005, pp. 144-145.
- ⁶ Bernardo de Balbuena, *Grandeza mexicana*, Academia Mexicana de la Lengua, México, 2014, p. 284.
- ⁷ Henri Lefebvre, *The Production of Space*, Donald Nicholson Smith (traducción), Blackwell, Malden, Massachusetts, 1974 (1991), p. 151.
- ⁸ *Idem*.
- ⁹ *Idem*.
- ¹⁰ Lucía Mier y Terán Rocha, *idem*, pp. 68-84.
- ¹¹ *Idem*, p. 71.
- ¹² *Idem*, p. 76.
- ¹³ *Idem*, p. 75.
- ¹⁴ *Idem*, p. 80.
- ¹⁵ *Idem*, p. 77.
- ¹⁶ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, II, p. 78.
- ¹⁷ José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, FCE, México, 1997, p. 387.
- ¹⁸ Lucía Mier y Terán Rocha, *op. cit.*, p. 106.
- ¹⁹ Barbara Mundy, *op. cit.*, p. 159.
- ²⁰ Carmen Aguilera y Miguel León Portilla, *Mapa de México Tenochtitlan y sus contornos hacia 1550*, Era, México, 2021.
- ²¹ José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 410.
- ²² *Idem*.
- ²³ Hernán Cortés, *Cartas de relación*, Porrúa, México, 1967, p. 176.
- ²⁴ José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 396.
- ²⁵ James Lockhart, *The Nahuas After the Conquest*, Stanford University Press, Stanford, 1992, p. 27.
- ²⁶ Charles Gibson, *The Aztecs Under Spanish Rule*, Stanford University Press, Stanford, 1964, p. 373.
- ²⁷ Luis Fernando Granados, “Barrios versus traza”, *Trace* 39, 2001, pp. 30-40.
- ²⁸ Henry Lefebvre, *op. cit.*, p. 152.

“LUIS FERNANDO GRANADOS DEMOSTRÓ QUE, TAN TARDE COMO 1847, LAS IDENTIDADES DE LOS BARRIOS TENOCHCAS SEGUÍAN VIGENTES Y SEPARADAS DE LA ADMINISTRACIÓN DE LA TRAZA ESPAÑOLA”.

Más de cuatrocientos años después de ser fundada, en la década de los sesenta y setenta del siglo pasado, la capital de México mostraba un paisaje tan fiel a sus orígenes como distinto: era el país que siguió a la revolución y los vientos modernizadores de la época. Aquella ciudad —hoy también transfigurada— fue entonces el escenario de una ruptura en el terreno de las letras: no surgió propiamente una generación, pero sí algunos autores que dejaron obras primordiales y entrañables —cada lector tiene sus elegidos. Aquí los recuerda uno de sus testigos.

LA ONDA:

UNA MEMORIA PERSONAL

RAÚL CASAMADRID

@fcocasamadrid

Durante la Segunda Guerra Mundial crecen en México los últimos exponentes de la generación que rompe con las formas establecidas en el país. Surgen primero como Generación del Medio Siglo; luego, como de la Casa del Lago y, finalmente, como la Generación de la Ruptura. Hasta antes de ellos, todo en el ámbito cultural era bienestar, confort y buenas maneras. En 1940, la ciudad de México apenas rebasaba el millón y medio de habitantes, pero a partir de la siguiente década se duplicaría dramáticamente su población.

En la madrugada del 7 de mayo de 1945 las fuerzas nazis se rindieron incondicionalmente en Reims, Francia, ante el ejército aliado. Con el aval del presidente del Tercer Reich, Karl Dönitz, el documento de capitulación puso fin a una de las épocas más oscuras del siglo XX. En la ciudad de México la guerra se estampó en la frente de los niños de entonces como una especie de juego: así aparecieron las estupendas narraciones de Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Salomón Laiter, Salvador Elizondo y Fernando del Paso, que describieron la irrupción bélica como una batalla exógena, desde la tranquilidad del país recién industrializado y postrevolucionario.

En *Cambio de piel* (1967), Fuentes describe el triángulo amoroso entre Javier, Lisbeth e Isabel, quienes recorren Cholula junto a Franz, el nazi que construyera prisiones y crematorios para Hitler; "Langerhaus", el cuento de Pacheco en *El principio del placer* (1972), presenta a Gerardo y a su discípulo alemán: un niño prodigio del clavicordio, presa de maltrato y acoso; en *David* (1976), Laiter, de manera autofictiva total, introduce a un pequeño infante judío, estigmatizado y *buleado* por su origen y por la malformación de una mano. En el relato "Ein Heldenleben", incluido en *Camera lucida* (1983), Elizondo rememora su paso por el antiguo Colegio Alemán de Calzada de la Piedad, donde los estudiantes reciben a

El Ruso Sergio Kirof como un héroe aliado a la causa del eje, para luego defenestrarlo por traidor y bolchevique, pateado sobre la grava del patio escolar por su pequeña y rubia condiscípula Hilde; y *Del Paso*, en su novela *Linda 67* (1995), introduce a David, el exquisito *junior* que decide ajustar su realidad a sueños y alucinaciones con filmes de guerra estelarizados por Marlene Dietrich y Robert Mitchum, mientras él planea cómo deshacerse de su bellísima esposa Linda.

En la plástica, el joven de 22 años José Luis Cuevas publicó en 1956, en el suplemento *México en la cultura*, su manifiesto "La cortina de nopal", y en esa década Teresa del Conde bautizó como Generación de la Ruptura a los pintores que estallaron entonces como una granada de fragmentación contra el paternalismo nacionalista de la Escuela Mexicana de Pintura (convertida en mafia del *statu quo* cultural, que oficializaba y ejercía prebendas encapsuladas en la eternización de un arte mexicanista tricolor y bien portado). Por su parte, desde 1969 Margo Glantz bautizó con el término de *escritura o literatura de la onda* a los exponentes narrativos de otra ruptura, manifiesta en los modos y formas de escribir que implicaban ser joven en el México olímpico y tlatelolca de 1968.

ESCRIBIR Y SER CHAVO en los años sesenta era "todo un complejo cultural que nunca antes se había dado"; entonces,

en palabras de José Agustín, tuvo lugar "una reinserción en la cultura popular mexicana"; los jóvenes escribían sobre cine, rock, televisión, cómics y temas que iban desde la búsqueda de identidad, el descubrimiento del amor y el cuerpo, hasta las drogas, la guerrilla, las comunas y la espiritualidad.

Entre 1964 y 1973 surgieron escritores que utilizaban el habla coloquial y se referían a lo inmediato y lo concreto mediante la experimentación formal, los juegos de palabras y la "irreverencia, sátira, parodia, ironía y crítica social"; la intención de estos autores —añadiría José Agustín en su momento— era literaria.

Los críticos y creadores de la generación anterior, sorprendidos, no supieron cómo recibirlos; incluso Carlos Monsiváis tenía muchas reservas ante ellos: calculaba que se trataba de *hippies* miméticos, desnacionalizados: según Agustín, "los primeros gringos nacidos en México". En 1980, en entrevista con Armando Ponce, Juan Rulfo sostuvo que la obra de los escritores de *la onda* planteaba "una moda y un retroceso" pues tenían "mentalidad vieja y se creían jóvenes".

Lo cierto es que estos autores, junto con otros jóvenes latinoamericanos como el chieno Antonio Skármeta, el argentino Héctor Libertella y el cubano Reinaldo Arenas, anticiparon de muchas formas los acontecimientos que cimbrarían al mundo durante 1968, en la sorda escalada de la Guerra Fría donde todo era negro o blanco, bueno o malo: libertad o muerte.

LA DENOMINACIÓN de *escritura de la onda* apareció en el prólogo de Margo Glantz para la selección de Xorge del Campo: *Narrativa joven de México* (Siglo XXI, 1969); ahí, la ensayista la distinguió por su "antisoledad, formas coloquiales del lenguaje, una burla reiterada a costa de sí mismos y acercamiento a temas sexuales con naturalidad, pero dentro de una actitud puramente epidérmica (la onda)". Resulta curioso que en esa compilación



René Avilés Fabila (1940-2016) y José Agustín (1944).

Foto: Cuartoscuro

no haya textos de Gustavo Sainz ni tampoco de Parménides García Saldaña, sólo "Cuál es la onda", el relato de Agustín que se incluye en *Inventando que sueño* (1968).

No sería sino hasta 1971 cuando la escritora y académica, en el estudio preliminar a su propia compilación: *Onda y escritura en México: Jóvenes de 20 a 33* (Siglo XXI, 1971), abundaría sobre el concepto; aunque no quedó claro quiénes —entre los 27 autores presentados, incluida ella misma— formaban parte de *la onda* y quiénes no; más aún: cuál era *la onda* y si se trataba o no de una generación.

De entrada, Margo Glantz distingue la *escritura de la onda* por la edad: aquellos que en 1971 tenían entre 20 y 33 años (o sea, los nacidos de 1938 a 1951), mas nunca lo confirmó. Su artículo gira sobre la generación que publicó a partir de 1950, a quienes califica de grandes autores (Rulfo, Fuentes, Spota, Garibay, Leñero, Ibarra, Ibarra y otros); luego, habla de Paz. Señala que los jóvenes son Narcisos detenidos "en el acto de contemplarse" y añade que, aunque estadísticamente han publicado muchos libros, "su valor reside en el hecho de que la narrativa mexicana se enriquece año con año"; luego, apunta que "esta abundancia no es en sí misma significativa (pues) la publicación de libros inútiles es una de tantas contaminantes que nos corroen, al igual que el aire", y concluye de manera lapidaria: "a final de cuentas todo esto se revela como la simple pedantería de toda generación".

Años más tarde, Margo Glantz escribe un tercer ensayo sobre el tema: *La onda diez años después: Epitafio o revalorización* (*Texto crítico*, Universidad Veracruzana, número 5, 1976). De entrada, se pregunta: "¿Qué es la onda y por qué se proclama como palabra clave?"; luego, abunda sobre lo que es *in*, o *estar en onda*, y lo que sería *out*: integrarse al "establishment que [la onda] ha tratado de destruir"; a continuación, analiza nuevamente "Cuál es la onda", de José Agustín, y afirma que "ser de Narvarte, bailar rock y pertenecer a la clase media son tan comunes en *la onda* que Parménides García Saldaña los utiliza invariablemente como muletillas". Finalmente regresa a Paz y argumenta que los nuevos jóvenes *onderos* son los pachucos de la era *hippie*. El ensayo termina cuando concede que su lenguaje "implica una crítica social".

LO CIERTO ES QUE LA ONDA nunca fue un movimiento literario y, mucho menos, una corriente cultural o una generación, como es el caso de la Generación de la Ruptura y, luego, de los Infrarrealistas y el Crack; estaban urgidos, todos, de formar su tribu y de pertenecer.

No fue así con los narradores de *la onda*: cada quien publicaba lo que quería y donde quería. No se juntaban para hacer manifiestos ni conferencias. De hecho, *la onda* fue sustantivo antes que adjetivo: había chavos que podían traer buena o mala *onda* y había quienes para saludar, en vez de decir "hola", decían "¿qué onda?".

Existía también *la onda* de la mota, de las comunas, del rock y *xipiteca*. La

invención de este último término se atribuye al presbítero chilango Enrique Marroquín, que en su libro *La contracultura como protesta* (Joaquín Mortiz, 1975) apunta: "el hipismo mexicano, al que denominé *xipiteca*, resalta la inculturación del movimiento estadounidense: su contracultura, su hermenéutica, sus antelaciones proféticas de estilos de vida".

Ignacio Trejo Fuentes, en "La literatura de *la onda* y sus repercusiones" (*Tema y variaciones de literatura*, número 16, 2001), es quien se aproxima mejor al origen del término cuando pregunta: "¿Qué es *la onda*?" "¿De dónde procede? ¿De qué se trata?"; su respuesta es laconica y clara:

Ocurrió que los jóvenes, sobre todo los adolescentes capitalinos de la década de los sesenta, usaron como muletilla la palabra *onda* para referirse a cierta pertenencia a un estatus determinado, a algún estado de ánimo, a la correspondencia con una *frecuencia*, a la comunión de ideas y actitudes de toda una generación.

Con los años y por antonomasia, pasó a designar un estado de ánimo y, de ahí, a nombrar a toda una generación: "agarra *la onda*", "estás fuera de *onda*", "¡qué *ondón!*".

Finalmente, sin embargo, no quedó muy claro quiénes o cuántos eran esos escritores. De manera indiscutible aparecen siempre tres: Gustavo Sainz (1940), Parménides García Saldaña y José Agustín (1944). Junto con ellos, en primera línea: Gerardo de la Torre (1938), René Avilés Fabila (1940), Federico Arana (1942) y Héctor Manjarez (1945).

Como adláteres, más por la coincidencia generacional que por el tipo de escritura: Juan Manuel Torres (1938); Ulises Carrión y Juan Tovar (1941); Luis Carrión, Manuel Echeverría, Raúl Navarrete, Hugo Hiriart y Fernando Curiel (1942); Jorge Arturo Ojeda (1943); Xorge del Campo, Orlando Ortiz (1945) y Guillermo Samperio (1948). Y, cerrando el ciclo, los herederos directos: José Joaquín Blanco, Luis Zapata (1951), Armando Ramírez y Salvador Mendiola (1952).

EL ONDERO POR EXCELENCIA fue Parménides García Saldaña. A este maestro se deben los textos representativos de su degeneración, como la novela *Pasto verde* (1968), los relatos de *El rey criollo* (1970), los poemas de *Mediodía* (1975) y el libro paradigmático: *En la ruta de la onda* (1974). Gustavo Sainz, por su parte, fue quien escribió la novela generacional: *Obsesivos días*

.....
"MULTIDOTADO Y PROLÍFICO,
JOSÉ AGUSTÍN ES POR SU CUENTA
LA ONDA. UN DÍA ME INVITÓ CON
JAVIER CÓRDOVA A SU CASA EN
CUAUTLA: EN EL TOCADISCOS SONABA
'EXPOSURE', DE ROBERT FRIPP".
.....



Gustavo Sainz (1940-2015).

circulares (1969), que termina con varias páginas donde se repite la misma frase, cada vez con un tamaño de letra más grande, y reza: "de generación en generación, las generaciones se degeneran con mayor degeneración". José Agustín, sin duda, fue y es el más apreciado de todos: sus novelas y cuentos le dieron la vuelta al mundo y las traducciones lograron que los críticos más escépticos se interesaran por tan brillante obra.

Parménides, fiel a sí mismo, tuvo entre sus cuates artistas de la talla de Arsenio Campos y de José José. Amante pertinaz, esperaba por las noches, afuera de Radio Educación, la salida de la locutora Pilar Orraca, quien terminaba su turno en cabina a la medianoche, para hablarle de amor: le fascinaba su voz. Yo trabajaba ahí, así que muchas veces me tocó acompañarlo hasta casa de Elena Poniatowska pues, decepcionado, él quería cantarles sus cuitas.

Sainz, a su vez, era tan inteligente que brillaba en la oscuridad: fue maestro de doctores en El Colegio de México, estaba siempre rodeado por investigadores de todos los países, quienes lo consultaban. Estudiosos argentinos o polacos y chicas estadounidenses o noruegas que hablaban perfectamente el español, le preguntaban sobre eminencias o autores casi desconocidos y siempre les daba bibliografías o les prestaba sus libros directamente. Vivía en dos depas de la hoy llamada Alcaldía Cuauhtémoc, sobre Río Nazas; un espacio tan amplio que dejaba chiquitos a los de las películas de Mauricio Garcés. Los muros parecían espejos al reflejar caprichosamente cuarenta mil volúmenes escogidos con finura; cualquiera podía tomar el libro de su preferencia con la promesa de devolverlo *pronto*.

MULTIDOTADO Y PROLÍFICO, José Agustín es por su cuenta *la onda*. Un día me invitó con Javier Córdova a su casa en Cuautla: en el tocadiscos sonaba "Exposure", de Robert Fripp. Mientras Margarita cocinaba y Andrés, Jesús y Agustín jugueteaban en la alberca, leímos su ensayo "La onda que nunca existió" (*Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, número 59, 2004). Luego, lo acompañé al mercado por frutas y verduras. En el estéreo del carro puso a Lennon: "Give Peace a Chance". Volteó a mirarme y preguntó:

—¿Te acuerdas?
—Ésa es *la onda*. 📺

Una tendencia literaria que hereda la aspiración de la brevedad en el espacio narrativo es el microrrelato, que lleva hasta sus extremos la exigencia adicional de tensión y contundencia característica del cuento, al tiempo que se acerca a la síntesis radical del aforismo. Entre esos polos ocurre este abordaje, una forma que ha prosperado entre algunos autores mexicanos. Uno de ellos es Abraham Truxillo, de quien ya publicamos una entrega en **El Cultural** 336 y ahora regresa con esta nueva propuesta en dos vertientes.

ESTAMPAS

DE ZOOLOGÍA MARINA

ABRAHAM TRUXILLO

@AbrahamTruxillo

TIBURÓN TORO
Gestándose en el útero, los embriones de tiburón toro se devoran unos a otros a su suerte. Sobreviven dos que nacen como caines consumados de metro y medio, listos para medrar en aguas dulces y saladas.

Hace veinte millones de años, en el océano cenozoico, los asuntos familiares ya se resolvían así. Dentro del vientre colosal de la megalodón encinta, una docena de escualos de dos metros se arrancaban la vida a dentelladas en las tinieblas del mar amniótico. Las crías que nacían llegaban a convertirse en tiburones tan grandes como un cachalote moderno.

El canibalismo uterino fue descubierto por Stewart Springer; durante las vivisecciones que realizaba a los especímenes capturados cerca de la Isla Chandeleur, en Luisiana, Springer notó de que las hembras preñadas solían cargar menos embriones hacia el final de la gestación que al principio. En el momento mismo de su eureka, Springer introducía la mano en las entrañas de una ejemplar que se disponía a seccionar cuando un nonato de fauces aserradas casi le arranca el dedo con una fraternal mordida.

VACA MARINA DE STELLER

En 1768, Ivan Popov llegó a la isla de Archka, en el Mar de Bering, por segunda vez y comprobó con ojos llorosos el fruto de sus aventuras. Lo que le habían contado en los muelles de Ojotsk era cierto: no quedaban más vacas marinas de Steller en las Islas del Capitán.

Ivan Popov había estado con Georg Steller en la Gran Expedición a Kamchatka, la odisea polar de exploración de la costa oriental siberiana, que ordenó el zar ilustrado, Pedro el Grande. Luego de que Gottfried Leibniz lo cuestionara sobre la posibilidad de que existiera un paso terrestre entre América y Rusia, el monarca se había propuesto develar una de las últimas regiones sin mapear del orbe.

Ivan Popov atravesó con Steller la superficie congelada del Baikal. Juntos se internaron en el Océano Ártico y en las nieves perpetuas. Estuvo con

“DENTRO DEL VIENTRE DE LA MEGALODÓN ENCINTA, UNA DOCENA DE ESCUALOS DE DOS METROS SE ARRANCABAN LA VIDA A DENTELLADAS EN LAS TINIEBLAS DEL MAR AMNIÓTICO”.

él cuando registró los adánicos avistamientos de las especies que llevarían su nombre: el león marino de Steller, el cormorán de Steller y la nutria de Steller. Sin embargo, el prodigio que recordaría con más ahínco y pesar de aquel viaje legendario sería la vaca marina de Steller, un dugongo del tamaño de una ballena, apacible y sin temor a los humanos.

Aunque Georg Steller moriría en Tiumen a causa de la difteria —poco después de que Vitus Bering sucumbiera al escorbuto en el mar que lleva

su apellido—, la publicación de sus diarios daría a conocer las vacas marinas en Europa, alentando la rapacidad de los cazadores. En sólo unos años, comprobaría Popov, la especie completa había sido masacrada y reducida a cebo de candil.

Arrepentido de la necedad que lo había llevado hasta allí a costa de tanto, pero sin resignarse del todo a la fatalidad, Ivan Popov y su flota fatigaron las aguas durante tres días, al cabo de los cuales encontraron una hembra solitaria en una caleta helada.

Lamentando todavía su ruina, Ivan Popov le clavó un arpón para la posteridad antes de volver a Ojotsk con sus barcos pesqueros, hachas, marmitas y aparejos, que muy pronto pasaron a manos de un banco acreedor en Ámsterdam.

CEFALÓPODOS

Son monstruos de excelencia secular, arquetipos recurrentes del horror:

TRES ACTOS DE MAGIA

ALTAMIRA

Sus dedos mezclaron grasa de jabalí y polvo de oligisto en la vasija de piedra. Cerró los ojos. El bisonte imponente se le reveló nítido, rodeado de cazadores. Con su índice pinceló sobre la pared caliza de la cueva seis siluetas armadas de su tribu y el animal bicorne. En su lengua de dioses susurró: “Y que el dardo le atravesara el corazón y no le cause dolor”. En ese momento el venablo de su esposo hacía un blanco en la pradera.

LIMÓN

El ilusionista parte en dos un limón. Enseguida ambas mitades toman conciencia de sí mismas; en el cuchillo se reflejan; se miran con desconfianza una a otra. Queda sembrada entonces la semilla de la duda. Se sienten irreconciliables, fruto de un engaño. De este

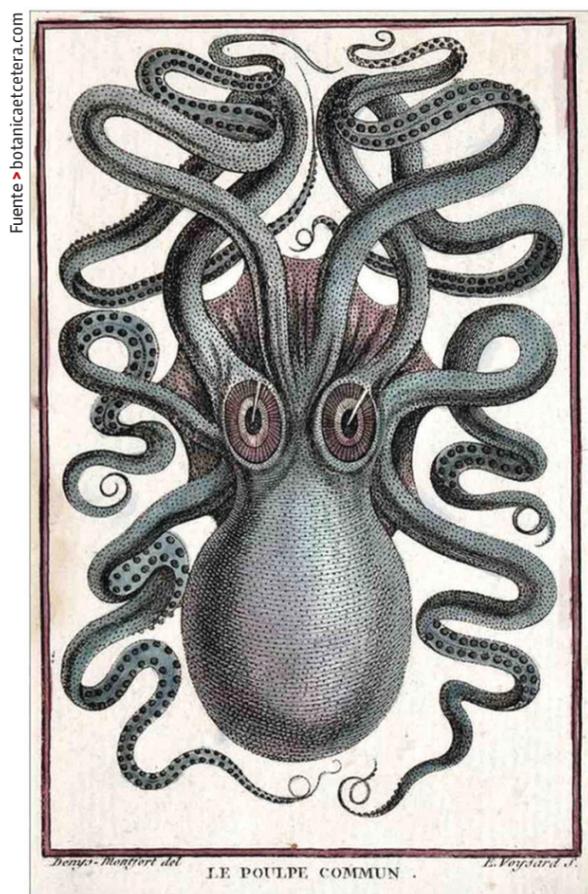
encantamiento sigue una amarga separación. Cortantes se marchan sin despedirse. Buscarán en otro lugar su medio limón.

Ellas no lo saben, pero su verdadera desgracia es que el acto las requiere así, en mitades.

TRUCO

El oficio exige precisión y agilidad. El prestidigitador debe ejecutar su acto sin que se advierta la destreza. Ya se sabe, la mano es más rápida que la vista. Con todo, un par de muñecas veloces no es suficiente; el arte también está en jugar con la curiosidad del espectador; distraerlo con un cebo llamativo mientras se despliega la magia de cada acto: ya sea sacar la moneda de alguna oreja, aparecer la rosa en el poema o contar el final de un cuento. ▣

—Abraham Truxillo



Fuente > botanicaetetera.com

Pierre Dénys de Montfort, *Pulpo común*, 1801.

“A LA FLEXIBILIDAD DEL TENTÁCULO, LA VENTOSA SUMA EL PODER DE LA SUCCIÓN. SEMEJANTES EXTREMIDADES OSTENTAN SUPERIORIDAD SOBRE EL BRAZO HUMANO Y SU MANO PRETENCIOSA. EL DISEÑO DEL PULPO ES INMEJORABLE”.

H.G. Wells legó la primera postal de una invasión alienígena apuntada por tentáculos. ¿Sería aventurado conjeturar que Orson Welles se esmeró en la lectura de su descripción para aterrorizar a Nueva Jersey por la radio? Lo cierto es que, desde entonces, la representación del terror extraterrestre es cefalópoda y su mejor engendro es, por supuesto, el impronunciable Cthulhu de Lovecraft.

¿A qué se debe el terror a los tentáculos?

Ya Victor Hugo sabía que el pulpo es la ventosa. En un ensayo tan canónico como inexacto, imagina que una persona puede ser devorada por esas bocas de cartilago alineadas a lo largo del revés de ocho extremidades. Para el romántico, el pulpo es del color del escorbuto y la gangrena; da por ciertas las historias de calamares gigantes que hunden barcos y que un día acorarán al Nautilus.

A la flexibilidad y extensión serpentina del tentáculo, la ventosa suma el poder de la succión. Semejantes extremidades ostentan una total superioridad sobre el brazo humano y su mano pretenciosa. El diseño del pulpo es inmejorable: su ano es también su boca; un tentáculo y un oído son órganos sexuales; todo el pulpo es un centro de comando, un guante con cerebro. Desplegado, también es mandala camaleónico y estrella escupetinta.

Quizá las visiones de la literatura no sean sino revelaciones —algo revela el sueño de la realidad; algo intuye la fantasía. Según un artículo publicado en la revista *Progress in Biophysics*, los primeros cefalópodos habrían venido del espacio exterior durante la explosión de vida del Cámbrico. A su vez, el paleontólogo Mark McMenamin ha propuesto que los discos lumbares fosilizados de ictiosauros —alienados en el desierto de Nevada— son la obra de un calamar del Triásico que, tras devorar al ictiosaurio, dispuso los discos en filas pares que semejaran las ventosas de sus propios brazos, en un autorretrato descomunal.

Hoy el horror a los cefalópodos convive con el arrobó que causa su belleza, domesticada tras casi un siglo de documentales fundados por Jacques Cousteau, los cuales nos han enseñado que ni ballenas ni pulpos son los esperpentos descritos por Hugo y Melville, y que el monstruo siempre ha sido el capitán Ahab. El miedo a los tentáculos y a sus decenas de bocas se asemeja al miedo al vampiro; esconde su propia fantasía de erotismo fatal. Mientras que, en Europa, Dénys de Montfort polemizaba con su pintura de un calamar gigante que engullía a un buque; en la lejana Edo, el loco Hokusai dibujó a una mujer abrazada por un onírico calamar que le practica un cunnilingus en un sorbo horrifico y delicioso. ▣

“DRAGÓN ESPEJO”, POEMAS

JUAN PABLO JÁUREGUI

LAS COSAS,

¡ay, las cosas!
Las diez mil cosas taoístas,
en las que me convertiré
cuando venga el tiempo del cambio,
pero esas mismas cosas
se amasan en formas grises
cuando se vuelven pesos cotidianos.
¿Dónde está el puente
entre las cosas metafísicas,
esas que no piensan,
que son casi vacío,
y las cosas que pesan tanto
cada día?

*

ESCRIBO ESTE POEMA

en la corteza de un árbol,
para los ojos de nadie,
para el susurro
de los espíritus del bosque.

*

¿QUÉ PASARÍA

si a la vuelta del muro
apareciera de nuevo tu fantasma?

*

QUISIERA QUE LA LUNA

hablara en mi poema.
Poder brindar con ella desde el suelo.
Tal vez poder ahogarme en un abrazo
lanzado a su reflejo sobre el agua.
Pero lo que me da
es el giro terrible
del brillo de su fuego hecho de plata,
que me convierte en bestia
en las sangrientas noches sin estrellas.

*

LABERINTO DE SUEÑOS,

laberinto demonio.
Serpiente que me mira desde el centro
de las vueltas y vueltas de la piedra,
de la piedra invisible de la tela
del pensamiento oculto.
Secreto de la cueva.
Mirada de reptil.
Dragón espejo.
Mirada verdadera de mi yo sin máscara.
Combate interminable. ▣

JUAN PABLO JÁUREGUI (Guadalajara, 1987) ha publicado estudios sobre filología clásica, así como traducción, crítica literaria y poesía en medios diversos.

¿Qué significa pertenecer a un grupo humano, a una historia y una lengua lejanas? En específico: ¿qué representan esos conceptos cuando se vive en un espacio diferente e incluso se adopta otra nacionalidad?

Estas reflexiones subyacen el más reciente libro de Carlos Martínez Assad, sociólogo, historiador, investigador mexicano: en él explora cómo los inmigrantes libaneses en nuestro país asimilaron las narrativas de su infancia y las reconciliaron hasta conformar una libanesidad: una manera particular de asumir su bagaje cultural.

LIBANESES INMIGRANTES EN MÉXICO

CARLOS ANTARAMIÁN

@antaramian

A diferencia de otros trabajos sobre comunidades llegadas a nuestro país, *Libaneses. Hechos e imaginario de los inmigrantes en México*, de Carlos Martínez Assad (IIS-UNAM, México, 2022), es fruto de un proceso de añejamiento. Como indica el autor, acumula las fuentes que estuvieron a su alcance y, podemos constatar, consultó todo archivo posible: públicos, eclesiales, privados, legajos de migración, de naturalización, del Servicio Secreto y otros con los que fue nutriendo testimonios acumulados desde su infancia. Y es que al nacer en una familia de origen libanés pudo escuchar relatos, motivos para abandonar la tierra de origen, anécdotas y cómo fueron recibidos en suelo mexicano. La investigación se alimenta de conversaciones que escuchó y preguntas que siempre hizo, sin adivinar que un día desembocarían en un texto que busca el conocimiento sobre la migración libanesa a México.

ENTENDER, HACER más comprensible ese pasado y transmitirlo fue su cometido. Para ello no sólo se sumergió en esas capas de la memoria acumulada hasta llegar a la médula. También, en el trayecto, ha reflexionado sobre lo que significa ser libanés, sobre cómo fueron asimilando aquellos inmigrantes las narrativas con las que crecieron hasta reconciliarse con su naciente nacionalidad, cómo la forjaron con diversas fantasías hasta crear una *libanesidad*, una forma de ser libanés en el mundo, que tuvo una fortísima influencia de la gran diáspora del Monte Líbano en los cinco continentes.

Este libro es producto de miles de horas de lectura, de haber caminado callejones en La Merced, andado en poblados en Hidalgo o Yucatán, hecho cientos de entrevistas a descendientes de libaneses y de otros pueblos de Levante, incluidos los primeros viajeros, con su peculiar español. El autor ha recopilado también miles de fotos: las ha usado para identificar personajes al charlar con inmigrantes, para abundar sobre el

evento, diseñar la fotografía como documento social, hacer exposiciones y darles uso documental.

Además, ha departido con inmigrantes en esas tertulias donde se habla de la patria con un vaso de *Arak* (licor de uva anisado) y se cantan canciones en árabe, aflorando la nostalgia por el *Bled* (designa la tierra patria). Con el tiempo fue a Líbano. Allí reunió reflexiones como las antes vertidas en sus novelas *En el verano la tierra* (1994) y *La casa de las once puertas* (2015), o en el libro de viajes *Memoria de Líbano* (2003). También consultó documentos que probaran los procesos que había escuchado y consideraba dudosos. Por décadas se nutrió de charlas con personajes fundamentales de Medio Oriente en México, con la filósofa Ikram Antaki, obispos, empresarios, presidentes de organizaciones, artistas y comerciantes, más un largo etcétera con libaneses de todos los orígenes: maronitas, ortodoxos, drusos, musulmanes, armenios... A través de la pluma de Martínez Assad aportan experiencias de una migración que inicia en el siglo XIX y continúa hasta hoy.

EL LIBRO TRAZA LA PRESENCIA del clero maronita desde 1875, cuando llegó Bulos Al-Hasrouni, líder espiritual y juez a la usanza tradicional, quien logró que muchos miembros de la comunidad regresaran "a la voluntad de Dios y empezaran a practicar la confesión". Es importante notar que, como cristianos, los maronitas no tuvieron restricciones para ingresar al país, además de que la Iglesia católica les otorgó facilidades, en especial a partir de 1906 cuando se dio la primera misa en arameo de que se tiene registro, en la pequeña Iglesia de La Candelarita, en La Merced. En el mismo barrio se les concedería después el Templo de Balvanera para que fuese de rito maronita; en 1995, ese edificio se convertiría en sede de la Catedral de San Marón.

Sólo si uno conoce a profundidad los procesos de una comunidad y las vidas de muchos de sus personajes puede distinguir las historias más

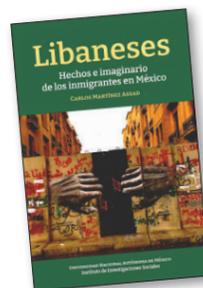
“POR DÉCADAS EL AUTOR SE NUTRIÓ DE CHARLAS CON PERSONAJES FUNDAMENTALES DE MEDIO ORIENTE EN MÉXICO, CON LA FILÓSOFA IKRAM ANTAKI, OBISPOS, EMPRESARIOS, ARTISTAS Y COMERCIANTES”.

representativas, que sirven para presentar un panorama general al lector. En un capítulo, Martínez Assad escoge, del universo de empresarios y comerciantes, a Khalil (Julián) Slim y a Dib Morillo. A través de ellos muestra a la colectividad de inmigrantes, sus vidas, las dificultades en el vértigo de la historia que les tocó vivir.

El testimonio de Dib Morillo es conmovedor y bien podría ser la narración de muchos otros viajeros de Medio Oriente que lograron escapar de un futuro poco alentador, que tenían parientes en América a quienes se unirían. Como dice el escritor, sorprende la tranquilidad con la que narra un trayecto que es una verdadera odisea.

Julián Slim, por su parte, fue un referente y fungió como aval por la mercancía que proporcionaba para que paisanos se dedicaran al comercio ambulante. Durante la Revolución algunos perdieron todo. Otros, en cambio, tuvieron éxito; ya en los veinte y treinta llegó la sedentarización, con negocios establecidos y en muchos casos, ascenso social. En cada estado de la República hay libaneses y descendientes, con mayor proporción en la capital, Veracruz, Yucatán, Puebla, Coahuila.

En términos culturales, los aportes de los libaneses son enormes. Carlos Martínez Assad lo sabe y ofrece una síntesis que incluye cineastas, poetas, escritores, compositores, políticos. *Libaneses. Hechos e imaginario de los inmigrantes en México* es un referente imprescindible para todo aquel interesado en las otras raíces de la multiculturalidad mexicana. ■



EXISTE EL RUMOR DE QUE HITLER estuvo en México, en Casa Grande, una finca cafetalera alemana en la región del Soconusco, en Chiapas, pegado a Guatemala. La misma leyenda afirma que tras la derrota del Tercer Reich, Hitler planeaba venir a ocultarse a nuestro país. Éste es el detonador de la instalación “Adolfo en el Soconusco” del artista visual Cristian Franco. Para la conformación de la pieza el artista se internó en la zona con una máscara de látex del dictador y realizó varias actividades, entre ellas sentarse a beber con lugareños en una cantina de bambú. La pieza es una emulación de esta cantina con una rocola en el centro de la que brota música de manera permanente. Encima de la rocola descansa la máscara del dictador rasgada.

“Adolfo en el Soconusco” forma parte de *Prótesis para una luna de miel mutante*, muestra del artista exhibida en el Museo Cabañas de Guadalajara. Si bien la música que arroja la rocola es la típica de cantina, el trabajo de Franco está atravesado por la música, en particular por el rock, y en especial en esta muestra. Una serie de portadas de discos en formato vinil se hallan diseminadas por la sala. Algunas como referencia a los métodos de tortura que utilizaban en Estados Unidos con sus presos políticos. Pink Floyd y Judas Priest conviven con la portada de la banda sonora de *Quinceañera*, la telenovela de los años ochenta, y un disco de Banda Machos que incluye “La culebra” —la canción que se escuchaba cuando asesinaron a Colosio.

La exposición debe su nombre a esa realidad mexicana siempre soñada pero jamás alcanzada. Esa luna de miel que aparentemente siempre hemos estado a punto de protagonizar pero que siempre termina por convertirse en pesadilla. La perturbadora obra de Franco está en extremo politizada. *Prótesis para una luna de miel mutante* es su versión personal de *Los años maravillosos*. La referencialidad es uno de los rasgos que más se distinguen. Además de los parches de bandas de hardcore, abundan muchos símbolos de su educación sentimental como los escudos de sindicatos y toda la iconografía que pretende mandar un mensaje político o de cualquier tipo.

Del juego con los signos nace una de las piezas con fuerte carga ominosa. Al invertir una portada de un disco de la banda de death metal Deicide la imagen le ayudó a idear una estructura de bambú que asemeja una especie de capilla. El objetivo de esta pieza es transmitir la sensación

Cortesía del autor



“LA LEYENDA AFIRMA QUE
TRAS LA DERROTA DEL TERCER
REICH, HITLER PLANEABA
OCULTARSE EN NUESTRO PAÍS”.

de que dentro está siempre a punto de ocurrir algo. Y la sensación en realidad sucede. Bastan un par de segundos en el interior de la estructura para que el asistente a la muestra quiera salir de ella. Pieza a pieza la música es un guiño sin pausa que muestra vasos comunicantes. Así, en lugar de una base normal para soportar una pieza está sostenida por un case de banda de rock.

La música que lo marcó en su adolescencia, la política mexicana que siempre ha sido fondo de nuestra realidad como un soundtrack maligno y el retorcimiento de la propaganda oficial son elementos que se conjugan para crear instalaciones que en ocasiones simulan ser altares. Colosios en miniatura derribados, tortilleros con propaganda priista, conviven con la música de manera amorfa pero indisociable. Así la instalación “Teoría de la distorsión” incluye unos contras de batería con un platillo como corona y encima de éste un cráneo. Ciertos objetos aluden a los políticos a través de sus apodos.

La muestra cierra con un poderoso mosaico de cuadros dispuestos en todo un muro. Los cuadros son las profecías que el ufólogo suizo Billy Mier asegura que le fueron dictadas por los extraterrestres. Franco se dio a la tarea de traducirlas e ilustrarlas. Pese a la traducción es posible advertir el tono regañón de muchas de ellas. Las profecías hablan de lo mal que estará la humanidad en el futuro, es decir en nuestros días, y muchas de ellas parecen haber sido escritas por Greta Thunberg. Unas resultan ingenuas pero otras son sólo desagradables. No dudo que serían la delicia de muchos activistas de todo tipo.

Cristian Franco nació en Mexicali, desde 2000 radica en Guadalajara. Su obra plantea varias preguntas, en qué radica *lo mexicano* es una de ellas. ¿Todavía es posible definirnos como nación? ¿Sigue el fantasma de Hitler entre nosotros? ■

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
**CARLOS
VELÁZQUEZ**

@Charfornication

HITLER,
HERMANO,
YA ERES
MEXICANO

LLUEVE EN EL HORIZONTE QUE MIRO, la bruma confunde. Estoy frente al mar, el siempre mar, azul como la melancolía, hipnotiza la vista y seduce hasta el vértigo. El clima es propicio para los recuerdos, sea otoño, verano, ayer o mañana.

Mis primeras experiencias con el agua fueron agradables, en una antigua jofaina de plata llena de cálido líquido, yo en las tibias manos de mamá. Esos brazos de cuna me hacían sentir segura, no iba a caer al vacío existencial. Tiempo después tuve nuevas vivencias. Me introducían casi por la fuerza bajo la regadera, el champú me hacía llorar, ardían los ojos, los cerraba y buscaba a tientas la resbalosa pared para sostenerme, sin hallar las manijas, la temperatura muy fría, demasiado caliente. Sobre la espalda chorreaban las gotas, el vapor me asfixiaba.

Algo distinto pasaba con la tina, las burbujas prometían la diversión suficiente para convencerme de la inmersión. Metía un pie, luego otro, hasta cubrir el cuerpo. Jugaba a ser pirata en los mares del sur, asaltaba navíos, robaba tesoros. Sobrevivía a la tormenta; mi barco se hundió pero yo salgo triunfante para conquistar a un comodoro dueño de cien buques. A toda vela lo beso, fresca y oliendo a jabón. Era también el Nautilus, atento a la propagación de las ondas circulares de los pensamientos submarinos.

Por muchos años tomé clases de natación, creyéndome profesional en el buceo a pulmón. Me lanzaba a la alberca desde el trampolín, majestuoso acantilado para mí,

Cortesía de la autora



“MIS PRIMERAS EXPERIENCIAS
FUERON AGRADABLES,
EN UNA ANTIGUA JOFAINA,
YO EN LAS MANOS DE MAMÁ”.

un clavado a lo profundo para nadar libre como un pez en los cinco océanos infinitos.

EN LA CASA DE LA PLAYA suelo despertarme temprano, antes de la salida del lucero del alba. Me sumerjo por completo en las aguas del mar, eterno y mar, la vida se reinicia, soy caracol, creatura que regresa al origen, al vientre secular. En la tempestad me introduzco hasta el fondo, oscuro y misterioso, lleno de bestias con aletas y bronquios que no me dan miedo. Me zambullo, braceo, por momentos me ciego. Emerjo, respiro, la piel salada, el aire templado. El sol arriba, la arena dorada, la luz del mundo me inunda y fertiliza para un distinto comienzo.

Lo que de mí se llevaron las olas no lo traerán de vuelta jamás. Ahora retorno al fluido primigenio, más allá del naufragio que fuiste. Soy marea que marea, navego veloz al horizonte que vuelvo a mirar, no hay tierra a la vista.

* No hay mar que por bien no venga. ■

OJOS DE PERRA AZUL

Por
**KARLA
ZÁRATE**

@espia_rosa

EL AGUA
QUE SOY

REDES NEURALES

Por
**JESÚS
RAMÍREZ-BERMÚDEZ**

@JRBneuropsi

FANTASMATA

“ADEMÁS DE SISTEMATIZAR LA LÓGICA, LA FÍSICA, LA ÉTICA Y LA METAFÍSICA, ARISTÓTELES SE REFIRIÓ AL PROBLEMA DE LA MEMORIA”.

A mintas III era rey de Macedonia, y el médico de su corte era Nicómaco, el padre del filósofo Aristóteles, quien pertenecía a la familia de los Asclepiades. Las leyendas locales, capitalizadas con astucia por la familia, afirmaban que los Asclepiades eran descendientes directos del dios fundador de la medicina, ni más ni menos. Todo indica que Aristóteles estuvo expuesto desde edades tempranas a experiencias en el campo de la medicina, lo que estimuló poderosamente su vocación científica. En plena adolescencia quedó huérfano de padre y madre. Fue adoptado por un hombre llamado Proxeno. El filósofo tuvo la oportunidad de corresponder a ese buen gesto, ya que muchos años después recibió en adopción a un hijo de Proxeno.

A los 17 años, Aristóteles fue enviado a la Academia de Platón. Eventualmente debió separarse por diferencias ideológicas. Se dice que alguna vez Aristóteles habló así de su maestro: “Soy amigo de Platón, pero soy más amigo de la verdad”. Tras la muerte de Platón, el filósofo se mudó a la ciudad de Axos, en Asia Menor, donde se estableció gracias al patrocinio de un exitoso soldado griego, Hermias. Allí escribió su *Política* y su *Ética*, dedicada a su hijo Nicómaco.

En el año 345, Hermias fue asesinado, por lo cual Aristóteles decidió instalarse en la isla de Lesbos, donde se dedicó al estudio de los seres vivos. De hecho, es reconocido como padre de las disciplinas biológicas, ya que hizo observaciones pioneras y sistematizó los conocimientos de su época. Por ejemplo, observó que los delfines concebían y procreaban a sus crías como los mamíferos, por lo cual concluyó que no eran peces, y adelantó observaciones que tardarían más de dos mil años en ser confirmadas. También cometió incontables errores, pero en su defensa podemos decir que pasaron literalmente dos milenios antes de que surgieran los individuos capaces de desmentirlo con argumentos convincentes. Además de sistematizar y revolucionar disciplinas como la lógica, la física, la ética y la metafísica, Aristóteles se refirió al problema de la memoria.

LA MAYOR PARTE DE SUS OBRAS se perdieron tras la caída del imperio romano. Aunque muchos trabajos se guardaban en Constantinopla, la barbarie desatada durante las Cruzadas acabó con la memoria histórica del mundo griego. Afortunadamente, ha sobrevivido un ensayo titulado *De la memoria y la remembranza*, donde el filósofo analiza esa facultad humana y la separa en dos entidades: la *mneme* (el almacenamiento o la conservación de la información) y la *anamnesis* (el recuerdo, la evocación).

Con respecto a la *anamnesis* (la evocación), Aristóteles piensa que “todo recuerdo implica un lapso de tiempo... puede decirse que sólo aquellos seres vivos con conciencia del tiempo son capaces de recordar”. Dice también que “aunque otros animales también tienen memoria, se puede afirmar que ninguno de los animales conocidos puede rememorar, excepto el hombre”.

Estas palabras tienen gran vigencia. En pleno siglo XXI, las investigaciones surgidas desde las neurociencias de la conducta (que trabajan a menudo mediante experimentos con animales) y desde las ciencias clínicas (dedicadas al estudio de personas con enfermedades del sistema nervioso), han mostrado claramente que hay diferentes tipos de memoria.

Todos ellos incluyen el aprendizaje, que se relaciona con lo que Aristóteles llamaba la *mneme*, pero no todas las formas de memoria implican el recuerdo consciente y voluntario: la remembranza, la evocación, es decir, la *anamnesis*. La mayoría de los pensadores de la Antigüedad y la Edad Media celebraron con Aristóteles el aspecto consciente de la memoria, es decir, la evocación, que nos distingue de otras especies animales.

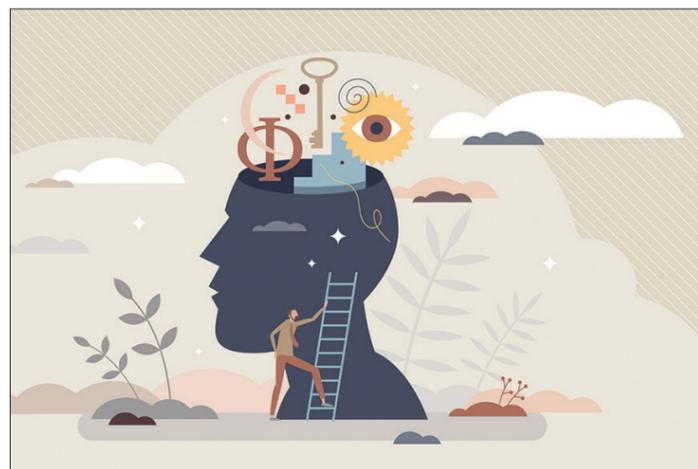


Ilustración > shutterstock.com

HAY OTRO TEMA en la filosofía de Aristóteles que anticipa en buena medida los descubrimientos de las ciencias neurológicas. Hay un momento en los *Diálogos* de Platón, conocido como “Teeteto”, en el cual se establece una analogía entre los rastros dejados por la memoria y las marcas que quedan en la cera cuando se utiliza un sello con inscripciones. Como sabemos, en la Antigüedad estos sellos sobre cera tenían importancia fundamental en documentos oficiales que comunicaban leyes, mensajes diplomáticos, sentencias. Por así decirlo, era la tecnología que garantizaba la identidad de un gobernante que no podía estar presente en todas partes a la vez. Aristóteles (y más tarde San Agustín, el gran filósofo cristiano de Alejandría) retomó la idea, pero en vez de la analogía del sello habló de una “efigie”, con lo cual se refería a las representaciones de una persona famosa en las monedas, en la pintura o la escultura.

Aristóteles hizo notar que la información se almacena en la memoria formando “huellas o efigies” de los objetos y las personas reales. Esto es un antecedente lejano de la idea científica contemporánea, según la cual los recuerdos se almacenan en el cerebro formado *engramas*, es decir, inscripciones neuronales, que son las huellas físicas que dejan las experiencias del pasado. Aristóteles hizo notar que estas “efigies” son representaciones que existen en el presente, y son a la vez huellas que indican el paso del tiempo y, por así decirlo, permiten traer el pasado al presente, pero que también pueden distorsionar el pasado.

Aristóteles se refiere al problema de los falsos recuerdos cuando habla de la conciencia de la evocación. ¿Cómo sabe una persona que está recordando algo, o que está frente a una nueva experiencia? El filósofo responde: “Algunas veces no lo sabemos, cuando tales estímulos de una sensación anterior llegan a nuestra alma, y dudamos si se trata o no de un recuerdo”. Germán Berrios, uno de los historiadores de la medicina más rigurosos y menos propensos a la especulación, admite que Aristóteles pudo basarse en algún caso clínico.

En una parte de su texto, el filósofo se refiere a un tal Antífano de Oreó y otras personas trastornadas, quienes hablaban de sus representaciones mentales (falsas o imaginarias) como si verdaderamente hubieran ocurrido, y como si realmente las recordaran. Aristóteles utiliza en este contexto dos palabras griegas de gran interés: *fantasmata*, que se refiere a las representaciones mentales, y *egistamenois*, que se refiere al hecho de estar trastornado mentalmente.

Tratar a los *fantasmata* como si fueran reales, dice Germán Berrios, podría significar un estado de *egistamenois*, por ejemplo, en el caso de las alucinaciones: tratar a las imágenes alucinatorias como si fueran reales podría significar un trastorno mental. Aristóteles dejó abierta la puerta para explorar el delicado tema de los falsos recuerdos. Pasarían muchos siglos antes de que los científicos y los clínicos retomaran las preguntas del filósofo griego para elaborar una ciencia (rudimentaria aún) de la memoria y sus múltiples engaños. ■